EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA MOSQUITA MUERTA

comedia original en un acto y en prosa

DE

DON ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

SÉPTIMA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1896

LA MOSQUITA MUERTA

LA MOSQUITA MUERTA

comedia original en un acto y en prosa

SU AUTOR

DON ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

Representada con extraordinario aplauso por primera vez en Madrid, en el TEATRO DEL PRINCIPE, la noche del 1.° de Mayo de 1857.

SÉPTIMA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES		ACTORES
CÁNDIDA	Doña	Francisca Tutor.
DOÑA ANGUSTIAS	»	Concepción Sampelayo.
ANGELITO	Don	Manuel Ossorio.
DON PASCUAL	»	José Olona.
TADEO	»	Ramón Guzmán.

La acción se supone en Socuéllamos, pueblo de la Mancha.—Año de 185...

A D. Manuel Ossorio.

PRIMER ACTOR Y DIRECTOR DEL TEATRO DEL PRINCIPE

Querido Manuel: Tú has sido para mí desde la infancia un hermano; tus consejos y el interés que ahora te tomas por mis obras me lo demuestran; *La Mosquita muerta* es una prueba de lo que te debo.

Dieciséis representaciones lleva al entrar este pliego en prensa, y el público, que tantas veces te ha aplaudido en *Don Juan Tenorio, la Vaquera de la Finojosa,* y otros dramas, te aplaude asimismo en este juguete, y apenas cree sea el mismo actor que admira en el drama.

Esta piececita no tiene otro mérito que el que tú le das en la ejecución, y yo que soy el primero en reconocer lo que te debo, te la dedico en prueba de la franca y leal amistad que te profesa tu amigo

Enrique.

ACTO ÚNICO

Sala medianamente amueblada en una casa de pueblo. Puertas laterales que comunican con la calle y cuartos interiores. Al fondo una ventana practicable; en último término, campo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANGUSTIAS, haciendo calceta; CÁNDIDA, escribiendo al otro extremo del teatro, y ANGELITO, leyendo junto á ésta.

ANG. Díme, Angelito, ¿ha pasado ya el tren del correo?...

ANGEL. Jé, jé, jé. Si pasa por Socuéllamos antes que se levanten los gorriones. (A Cándida.) ¡Á ver si pone usted más estirado ese dedo meñique, torpe!

CANDIDA. ¡Regañón!

ANGEL. ¡Desaplicada!

CANDIDA. ¡Madre, ya ve usted lo que me dice!...

ANG. Hace bien: las discípulas deben ser obedientes á la voz del maestro.

CANDIDA. Pues si yo no sé, y no me quiere llevar la mano un ratito...

ANG. Vamos, sé condescendiente. (¡Qué inocencia!... ¡Oh! no hay miedo que el tirano amor dispare su flecha contra este par de alcornoques.)

ANGEL. (Cogiéndole la mano.) ¡Ay! Cándida de mi corazón: cuando pongo mi mano sobre la tuya, parece que un gato me

está arañando la tabla del pecho. (Doña Angustias vuelve la cabeza hacia los chicos.)

CANDIDA. (A Angelito.) Que mira.

ANGEL. (Leyendo en el libro que tendrá en la mano.) «El galápago es un sobre hueso que se forma en la parte superior del casco; pero es más propensa esa enfermedad en las mulas que en los caballos...»

ANG. Bien, muy bien; eres un chico muy aplicado, y lo celebro mucho.

ANGEL. ¡Qué hemos de hacer, doña Angustias! Yo pienso concluir la carrera el año que viene; y en verdad, que á las pobres bestias de Socuéllamos les hace falta un albéitar que sepa en dónde tiene su mano derecha. Yo soy muy humanitario, así es que me aplico mucho, y algunas veces, cuando encuentro á mi paso algún asno con las orejas caídas, el cuello inclinado hacia adelante, inmóvil como una roca y con la vista fija y triste en el suelo, me acerco á él y le digo: amigo mío, no estés triste, que yo procuraré cuando sea un profesor, aliviar las dolencias de tus semejantes y teneros muchísimas consideraciones.

ANG. Já, já. Que chico éste.

ANGEL. Es claro; la doctrina nos manda amar al prójimo, y los animales son prójimos nuestros, porque exceptuando el habla, en todo lo demás se nos parecen. (A Cándida.) Esa mano más suelta, ese codo más hacia adentro: ¡distraída!

CANDIDA. ¡Uh, uh! ¡Tengo una gana que se vaya usted del pueblo!

ANGEL. Y yo de perderla á usted de vista.

CANDIDA. Y yo á usted.

ANGEL. Respondona.

CANDIDA. Regañón.

ANG. Vamos, vamos, niños; haya paz. (Aparte.) Es un bendito: á bien, que solo así le consiento que visite esta casa, porque de lo contrario...

CANDIDA. (A Angelito.) ¡Qué ganas tengo que seas albéitar!

ANGEL. Más tengo yo, porque entonces...
ANG. Entonces, ¿qué?
ANGEL. (Leyendo en voz alta.) Entonces, si el caso es vidrioso, debe procurarse que la herradura dure mucho para que crezca.
ANG. ¡Ah! estabas estudiando.
ANGEL. Como siempre, señora Angustias.

ESCENA II

DICHOS; TADEO por el foro.

TADEO. Alabado sea Dios.
ANGEL. } CAND. } Para siempre sea alabado.
ANG. ¡Ah! ¿Eres tú, Tadeo?
TADEO. Yo, y una carta de Madrid.
ANG. Carta? A ver? De don Pascual!... Veamos. (Leyendo para sí.)
ANGEL. (A Cándida.) ¡Ay, Cándida! me dice el corazón, que ese don Pascual va á ser la causa de mi muerte.
CANDIDA. Pues yo no quiero que te mueras.
ANGEL. Yo tampoco, pero...
CANDIDA. Calla.
ANGEL. ¡Prométeme que cerraras los ojos en cuanto aparezca!
ANG. ¡Ay, Dios mío! lo mismo que lo pensaba: el bárbaro del cartero se ha guardado esta carta un día en su poder; y tal vez habrá llegado. Corre, Tadeo, corre á la estación. (Habla en voz baja á Tadeo.)
ANGEL. ¿No lo dije? Ya está ahí. Permita Dios que te quedes ciega.
CANDIDA. ¿Y qué haré yo sin ojos?
ANGEL. Ya te pondré yo unos cuando sea albéitar.
TADEO. Á pesar de todo, es preciso no apartar ojo de la chica, porque si se casa con el forastero, nos quedamos á la luna de Valencia.
ANG. No te dé cuidado. Ahora, mientras yo le recuerdo su deber, ve á buscar á ese caballerito.
TADEO. Con Dios. (Vase.)

ESCENA III

DICHOS menos TADEO

ANG. ¿Angelito? Si me hicieras el favor de repasar las cuentas de los arrendadores...

ANGEL. Como usted guste.

ANG. Anda, hijo mío; ahí en mi cuarto las encontrarás sobre la mesa. No tengo la cabeza para nada.

ANGEL. Voy. (Aparte.) Permita Dios que antes que se case con el forastero, se me rompa el hueso sacro. (Vase.)

ESCENA IV

DOÑA ANGUSTIAS y CÁNDIDA

ANG. (Aparte.) Sí, es preciso que don Pascual se vuelva á Madrid soltero como viene. La chica es una tonta y su rico patrimonio no se me escapará. (Alto.) ¿Cándida?

CANDIDA. ¿Qué manda usted?

ANG. Ven, hija mía, ven; quiero hablar contigo.

CANDIDA. ¿Puedo dejar el libro?

ANG. Sí, pichoncita; no quiero que te atarees tanto; ven acá, y escucha con mucha atención lo que voy á decirte. Tu padre, mi hermano, murió desgraciadamente cuando apenas tenías ocho años.

CANDIDA. ¡Jí, jí, jí!

ANG. ¿A qué viene ese lloro? Si yo traigo á colación ese recuerdo, es con el santo fin de que sepas cuál es tu deber y las obligaciones que pesan sobre mí. Tu padre me dijo pocos momentos antes de morir: «Angustias, tú eres mi hermana, y, por consiguiente, tía carnal de Cándida. A tí te la confío: sé, desde hoy, su madre para ella.» Y tú eres buen testigo de que yo he hecho todo lo posible para corresponder á la confianza de tu padre.

CANDIDA. Sí, tía mía.

ANG. ¡Cómo tía!... Ya sabes que te he prohibido que me llames así. Madre, madre, ¿lo entiendes?

CANDIDA. Perdone usted, lo había olvidado.

ANG. Por esta pase; pero es preciso que tengas mucha memoria, porque si olvidas los buenos consejos que te he dado, si olvidas mis lecciones y el comportamiento que debes seguir, en particular con los hombres... serás una niña muy desgraciada.

CANDIDA. Yo no olvido lo que usted me dice: tengo, gracias á Dios, mucha memoria.

ANG. No deseo otra cosa; pero como hoy viene un joven de Madrid, y en aquella tierra están tan echados á perder los jóvenes, quisiera que me dieras una prueba de tu memoria.

CANDIDA. Como usted quiera, madre.

ANG. Tú eres una muchacha obediente; acércate y responde á mi pregunta, á ver si te acuerdas de mis consejos. ¿Qué debe hacer una niña honrada para librarse de los hombres?

CANDIDA. Primero: La niña debe evitar las miradas de los jóvenes, porque de lo contrario, corre peligro de quedarse ciega.

ANG. Bien, muy bien. Prosigue.

CANDIDA. Segundo: Si alguno me dice que soy hermosa, debo contestarle: «Favor que usted me hace.» Si persiste, entonces, cogiéndome la punta del delantal y bajando la vista, debo decirle: «Si usted continúa hablándome de este modo, me retiro.»

ANG. Eso es. Continúa.

CANDIDA. Tercero: Si alguno me quisiera coger la mano, yo debo retirar la mía y echar á correr, porque de lo contrario, podría quemarme los dedos.

ANG. Y es muy cierto; yo conocí á una muchacha de Villarrobledo que se dejó coger la mano por un cazador y ¡puf!... se le tornó ceniza. Adelante.

CANDIDA. Cuarto: Si alguno me dice que me ama, debo taparme los oídos, porque el amor es un sujeto que tiene muy

malas partidas, y suele llevarse á las niñas que le creen á una cueva, y allí las devora, y luego las arroja á las fieras.

ANG. Eso es una verdad como un templo.

CANDIDA. Quinto y último: Si la tenacidad de los hombres me pusiera en un caso no previsto por mi tía, debo ir á buscarla y contárselo todo, que ella recurriría al libro verde de birli-birloque, para que me saque de dudas y me enseñe el camino que debo seguir, pues él siempre ha sido el preservador de las malas tentaciones y consejero de las doncellas.

ANG. Veo con placer, hija mía, que no has olvidado nada; ahora, prepárate á recibir á don Pascual, joven que viene de Madrid á pasar unos días en este pueblo; su padre era amigo del tuyo; yo debo recibirle como se merece.

CANDIDA. Diga usted, madre, ¿y si ese don Pascual me dijera alguna cosa de las que usted me ha prohibido, debo callar?

ANG. Inocente paloma. Con ese más que con nadie debes aprovechar mis consejos, porque un joven que viene de Madrid, es más temible que una culebra de cascabel.

CANDIDA. ¡Uy, qué miedo! ¿Y usted cree que me morderá?

ANG. Es posible, si no eres precavida...

CANDIDA. Lo seré, madre.

ANG. Ahora, mientras yo me arreglo un poco para recibirle, tú te pones el vestido de los días de fiesta y la papalina.

CANDIDA. Bien, madre.

ANG. Mucho cuidado.

CANDIDA. Bien, madre.

ANG. Anda, y si ocurre algo ya sabes que tengo un libro que te podrá sacar de dudas.

CANDIDA. Lo sé, madre.

ANG. (Aparte.) Ahora, que venga cuando guste ese señorito por su dote. (Vase. Cándida figura irse por el foro y vuelve.)

ESCENA V

CÁNDIDA, sola.

¡Y lo que sabe mi tía! Cuando pienso el riesgo que corremos... si yo pudiera coger el libro verde... y qué cosas se leerán allí, debe ser muy divertido... El Amigo de los niños tiene tan poca gracia. . si yo lo pudiera hallar, qué ratos pasaríamos Angelito y yo, leyéndolo cuando estuviéramos solos... Lo que más admira, es que hace dos años que Angelito me está diciendo que me quiere, y por más que le miro y le remiro, ni me he quedado ciega, ni me han devorado las fieras. (Se queda pensativa. Angelito asoma la cabeza por la puerta.)

ESCENA VI

CÁNDIDA y ANGELITO

ANGEL. ¡Chist!

CANDIDA. ¡Ay!

ANGEL. Soy yo... ¡ingrata!

CANDIDA. Eso es, échame á mí la culpa, cuando por tí he corrido peligro de ser devorada.

ANGEL. Devorado me tienen esos ojos; yo no duermo, yo no como; todos se burlan de mí en el pueblo al verme caminar por esas calles, con la boca abierta y los ojos atravesados; yo estaba gordito, sano y creciendo antes de conocerte, pero desde que te puse la pluma en la mano y te enseñé á hacer los primeros palotes, parece que tengo un perro de presa agarrado al corazón; mis carnes, ¡pif!... volaron, y mi voz se parece más á la de una corneja que á la de una criatura humana; y no es eso lo peor, sino que después de tanto berrinche como por tí he pasado, ese forastero vendrá con sus manos lavadas, y sin decir con el permiso de ustedes, metiéndote en el ferrocarril te se llevará á Madrid, y yo me quedaré muertecito de no sé qué enfermedad en algún trigo, ¡jí, jí, jí! (Rompe á llorar estrepitosamente.)

CANDIDA. ¡Jé, jé, jé! (Llorando.)

ANGEL. Vamos, no llores.

CANDIDA. Yo no quiero que se me lleve ese forastero: ¡jí, jí! (Llorando.)

ANGEL. Yo tampoco, y por lo mismo se me ocurre una cosa.

CANDIDA. ¿Cuál?...

ANGEL. Buscar á tu tía, y decirle: «Señora Angustias, su sobrina de usted y yo, somos dos chicos que corremos peligro de ser la segunda edición de los Amantes de Teruel, porque al fin y al cabo ella llora, yo gimo y ambos á dos perdemos la salud y las carnes; de consiguiente, la humanidad aconseja á usted que se apiade de nosotros, porque de lo contrario, será una chica desgraciada, y yo un albéitar que sacrificaré á todas las bestias que caigan en mis manos; de manera, que la sangre de los inocentes caerá sobre la cabeza de ustedes, y el remordimiento es una lombriz que da muy malos ratos.» Hablándole de este modo, verá claro el asunto, y nos dirá: Dios os haga felices.

CANDIDA. Guárdate bien de decirle eso. Lo mejor, es buscar un libro verde que tiene ella, intitulado: «El Consejero de las Doncellas» y ver qué nos aconseja en este trance.

ANGEL. Busca ese libro, Cándida de mi corazón; pero antes, júrame que nunca serás de ese lechuguino á quien no conoces.

CANDIDA. Lo juro. (Aparece en el fondo don Pascual, Tadeo y un mozo que trae el equipaje. Cándida da un grito y desaparece por la izquierda. Angelito se queda inmóvil, abre el libro que llevará en la mano y lee en voz alta.)

ESCENA VII

ANGELITO, DON PASCUAL, TADEO y el MOZO

TADEO. Por aquí, caballero.

CANDIDA. ¡Ay! (Vase precipitadamente.)

PASCUAL. ¿Quién es esa niña que huye de mí?

TADEO. Cándida. (Al mozo.) Deja el equipaje en aquel cuarto. Con el permiso de usted, voy á decirle á la señora... (Vase.)

ESCENA VIII

ANGELITO y DON PASCUAL

PASCUAL. ¿Quién será éste ente?

ANGEL. Y me mira. Es preciso ser cortesano. (Leyendo alto.) El cuerpo extraño es todo agente que viene de fuera á ocupar una parte del animal que no le pertenece.

PASCUAL. Buenos días, amigo.

ANGEL. (Leyendo.) Para arrojarlo de donde se aloja muchas veces... conviene coger un palo...

PASCUAL. (¡Qué dice!) Caballero, le he saludado á usted.

ANGEL. Ya lo sé, gracias. (Sigue leyendo.)

PASCUAL. Por lo mismo me creo en el derecho de exigir una contestación.

ANGEL. Y hace usted muy bien. (Sigue leyendo.)

PASCUAL. ¡Cómo!... Usted es un imbécil.

ANGEL. No, señor; soy un cursante en veterinaria.

PASCUAL. Lo mismo da. Dígame usted, ¿por qué salió escapada esa niña cuando me vió?...

ANGEL. Aquí en Socuéllamos, el que huye es porque tiene miedo ó porque le da la gana.

PASCUAL. ¿Con que según Socuéllamos, la he asustado?

ANGEL. Así parece.

PASCUAL. ¿Sabe usted, querido, que me doy el parabién por hallarle en esta casa, en donde pienso pasar el verano?

ANGEL. ¡Sí!... ¿y por qué?...

PASCUAL. Porque usted me ha de hacer reir mucho; tiene una cara tan antidiluviana...

ANGEL. Favor que usted me hace.

PASCUAL. (Lo dicho, es tonto.) ¿Y usted, qué lugar ocupa en esta casa?

ANGEL. ¿Yo? La sala: ¿no lo ve usted?

PASCUAL. Jé, jé. Es chistoso: quiero decir, qué relaciones le unen con los dueños de esta casa, porque yo ignoraba que en ella hubiera un ente tan original como usted.

ANGEL. Yo soy el maestro de Cándida, amigo de doña Angus-

tias, y conocido de las dos desde la infancia. En cuanto á mi carrera, estoy concluyendo la de albéitar. Si algún día me necesita usted, Angel Rubio, Socuéllamos.

PASCUAL. (¡Habrá cafre!) Hombre, su voz de usted, tiene cierto parecido á la del grillo, que me encanta.

ANGEL. Ya lo creo, como que estoy mudándola y creciendo, porque así como los potros mudan el pelo de la dehesa, los hombres mudamos la voz.

PASCUAL. La comparación le sienta á usted divinamente; pero, en favor de los tímpanos del prójimo, debía usted estar escondido hasta que se terminara la muda.

ANGEL. Yo lo creo, si todos tuvieran los oídos tan delicados como usted... Pero, con permiso, tengo que examinar unas cuentas. Hasta mas ver, y conservarse. (Vase.)

ESCENA IX

DON PASCUAL, solo.

Já, já, já. Pues señor, no hay duda, ese chico me divierte. Cuando salí de la corte, creí aburrirme en esta aldea: ahora estoy seguro de lo contrario.

ESCENA X

DON PASCUAL, DOÑA ANGUSTIAS y TADEO

TADEO. Ahí le tiene usted. (Por don Pascual.)

ANG. ¡Mi querido don Pascual!...

PASCUAL. ¡Mi señora doña Angustias!... Estoy absorto viéndola á usted tan joven y tan...

TADEO. (Aparte.) (¡Qué aduladores son estos señoritos de Madrid!)

ANG. Pero estará usted rendido...

PASCUAL. Nada de eso, el viaje es corto: apenas se emplean seis horas.

ANG. ¿Y cómo queda mi señor don Roque, su padre de usted?

PASCUAL. No pasan años por él.

ANG. En verdad, no sé el por qué me alegra la venida de

usted, cuando tal vez sea para arrebatarme lo que más amo en el mundo: á Cándida.

PASCUAL. Señora, si soy tan dichoso, espero no tener el sentimiento de separarme de usted.

TADEO. (Aparte.) Sí, sí, y á los tres días nos tirará á la calle.

ANG. Dispense usted si con el placer de verle me he olvidado de llamar á la niña. Tadeo, dile á Cándida que salga.

TADEO. Voy. (Vase.)

ESCENA XI

DOÑA ANGUSTIAS y DON PASCUAL

PASCUAL. A juzgar por la intempestiva cuanto veloz retirada de Cándida, creo que mi presencia no le...

ANG. ¡Dios mío! ¿Habrá hecho alguna de las suyas?...

PASCUAL. ¡Pschi!... No, sólo que al verme huyó de mí como el diablo de la cruz.

ANG. Perdone usted esa falta, hija más bien del rubor que de otra cosa.

PASCUAL. Es que yo sentiría, señora, violentar á esa niña.

ANG. Ni yo podría consentirlo sin desobedecer las órdenes testamentarias de mi hermano, su padre. Pero usted, joven de talento, no debe extrañar esa ocurrencia desagradable; yo, si he de ser franca, no extrañaría que la chicuela se negara á darle á usted su mano, á pesar de las buenas cualidades que le distinguen...

PASCUAL. (La tía no quiere casar á la sobrina; probemos.) Señora, ¿quiere usted que le hable con la franqueza que me caracteriza?

ANG. Puede usted dudar...

PASCUAL. Pues bien; respóndame usted sin rodeos. ¿La niña ama ó ha amado alguna vez?

ANG. No; al menos que yo sepa.

PASCUAL. Pues entonces debe usted desechar los recelos que su carácter, más ó menos encogido, le inspiran. Yo espero que usted me permitirá que ponga de mi parte todo lo que pueda, para hacer que su corazón sienta ese la-

tido que ella desconoce y que nosotros llamamos amor.

ANG. Yo no debo oponerme á una petición tan justa, porque estoy convencida de que usted no empleará otros medios que los legales...

PASCUAL. Señora, es la hija del mejor amigo de mi padre. Y además, el padre de Cándida dejó expresado en su testamento, sin ninguna clase de duda, que si la niña se negaba á darme su mano, no debíamos violentarla.

ANG. Y que si prefería vivir soltera, podía serlo, con la condición de que su tía fuese la única tutora y curadora de sus bienes.

PASCUAL. Esa condición, pues, obliga á usted á dar pronto un esposo á Cándida, porque de lo contrario, la maledicencia podría creer que usted...

ANG. Advierta usted, caballero, que mi hermano me dejó un legado...

PASCUAL. Sí, es verdad; de diez reales diarios.

ANG. Renta con la cual me basta para concluir mis días modestamente en este pueblo.

PASCUAL. ¡Usted vivir en este pueblo!... Usted, que en otro tiempo fué el encanto de Madrid.

ANG. Amigo mío, cuando á mi difunto hermano le dió la humorada de abandonar la corte y venir á establecerse en Socuéllamos, confieso, francamente, que lo sentí, pero diez años de vida pacífica y retirada, han acabado por hacerme este pueblo el mejor de los pueblos, y esta sociedad la mejor de las sociedades.

PASCUAL. Eso es una verdad, señora; la atmósfera que se respira influye mucho en la revolución de nuestras ideas, así es que no me extraña que Cándida se halle en el estado en que usted me dice, si he de juzgar por el maestro que se le ha buscado para perfeccionar su educación.

ANG. (Es un epigrama.) ¡Ah! ¿Con que usted conoce á Angelito?

PASCUAL. He tenido ese placer.

ANG. (Empieza á infundirme recelos este joven.)

PASCUAL. (Ha comprendido mi indirecta.)

ESCENA XII

DICHOS y TADEO

TADEO. Señora, la niña dice que no quiere salir porque le da vergüenza.

ANG. ¡Já, já, já! ¿Oye usted, caballero? Mucho nos va á costar quitarle el pelo de la dehesa. Con el permiso de usted. (Vase.)

ESCENA XIII

DON PASCUAL y TADEO

PASCUAL. La niña es hermosa y rica; además, yo no soy hombre que deja escapar las ocasiones: como ella me ame, la tía, me importa poco; si no me ama, entonces me volveré á Madrid con el sentimiento de no haber logrado arrancar de sus manos á esa pobre niña.

ESCENA XIV

DICHOS y DOÑA ANGUSTIAS; CÁNDIDA, vestida ridículamente. Empieza á obscurecer.

ANG. (No olvides mis consejos.)

CANDIDA. Bien, madre.

ANG. Presento á usted mi sobrina. El señor don Pascual de la Vega. (Cándida se vuelve de espaldas.)

PASCUAL. Señorita, espero que me cuente usted en el número de... (Cándida le da un codazo y se va á la otra parte de la escena.)

CANDIDA. Favor que usted me hace.

PASCUAL. Señora, ha vestido usted horriblemente á esa pobre niña.

ANG. La moda no llega á Socuéllamos. (Don Pascual se acerca á Cándida.)

PASCUAL. Mucho he sentido, señora, haber asustado á usted antes. ¿Está usted tal vez resentida conmigo?... (Pausa.)

Señora, interceda usted en favor mío. (Me lo ha prometido usted.)

ANG. Cándida, el señor es un amigo de casa, que viene á pedirme tu mano.

CAÑDIDA. ¿Y para qué le he de dar mi mano?

PASCUAL. Para hacerme el más feliz de los hombres, porque yo la amo á usted.

CANDIDA. (¡Ay, qué miedo!) (Se cubre la cara con el delantal.)

PASCUAL. ¿No merezco una contestación?

CANDIDA. Tía, ¿me marcho ó me quedo?

ANG. ¿Lo ve usted, caballero?

PASCUAL. No veo nada; pero ya que usted no intercede en favor mío, yo lo haré por mi cuenta y riesgo. (Habla bajo con Cándida.)

ANG. Predicar en desierto. Tadeo... prepara las luces. (Vase Tadeo por el foro.) Han bajado tanto la vóz, que no oigo nada. ¿Que le dirá?

CANDIDA. Madre, ¿tiene usted por ahí el libro verde?

PASCUAL. ¿Qué libro es ese?

ANG. (Diablo de chica.) Já, já, já; es una infeliz. (Me va impaciantando la tenacidad de don Pascual. Ejém, ejém.)

PASCUAL. ¿Qué? (Sale Tadeo con una luz y se va luego.)

ANG. Nada, nada; puede usted continuar.

ESCENA XV

DICHOS; ANGELITO, que sale por la derecha con unos papeles en la mano.

ANGEL. ¡Ella!... ¡Él!... ¡Los dos!... (Desde el dintel de la puerta.)

PASCUAL. ¿Por qué se tapa usted los oídos?

ANG. (Yo sudo.)

CANDIDA. Porque no quiero ser devorada.

PASCUAL. ¡Señorita!...

ANGEL. ¡La va á devorar!

PASCUAL. ¿Qué diablos es esto? (A doña Angustias.)

ANGEL. (Permita Dios que me cója un torozón y me deje más tieso que el hueso homóplato.)

ANG. (Es preciso poner termino á esta escena.) (Habla don Pascual con Cándida.)

CANDIDA. ¿De veras? ¡Ay qué gusto! (Se ríe y bate las palmas.)

ANGEL. En mi lugar quisiera ver á mi catedrático.

CANDIDA. ¿Y si me quedo ciega? Eso no es verdad; porque el amor es un sujeto que tiene muy malas partidas. Mi tía lo dice.

PASGUAL. (O es tonta ó le han hecho creer... Probemos.) ¿Nada contesta usted á mis palabras?

CANDIDA. Tía, ¿por qué no saca usted el libro de birli-birloque, para que me saque de dudas?

ANG. Pero, niña, estás disparatando.

PASCUAL. (Empieza á comprender...) Señorita, la candidez de sus miradas, su angelical semblante, han hecho brotar en mi pecho un amor... que en vano buscaría palabras para hacerle comprender... Yo la amo, la amo. (Le besa la mano.)

CANDIDA. ¡Que me va á quemar la mano! ¡Tía, que me hallo en un caso imprevisto!...

ANG: ¡Caballero!

ANGEL. ¡Jí, jí, jí! (Sale llorando.)

CANDIDA. ¡Angelito! ¡Y llora! ¡Jí, jí, jí!

ANG. ¡Cándida!

PASCUAL. ¿Pero qué tiene ese imbécil?

ANGEL. Aquí tiene usted las cuentas.

PASCUAL. ¿Por qué llora usted?

CANDIDA. Pobrecito, va á enfermar.

ANG. ¿Pero por qué lloras?

PASCUAL. (¿Se amarán este par de tontos?)

ANGEL. Yo no lloro por llorar, lloro, porque llorando parece que se desentortija mi corazón, que ni yo mismo puedo comprender el motivo de habérseme enroscado como si fueran las vértebras cervicales.

ANG. ¡Es particular!

PASCUAL. (Yo sabré la verdad.) Vamos, siéntese usted; eso habrá sido una ligera indisposición.

ANG. Cándida, saca un poco de água con vino; corre.

Candida. Voy corriendo. No faltaba más que se muriera mi pobre Angelito. (Vase.)

ESCENA XVI

DICHOS menos CÁNDIDA

Pascual. ¿Cómo va ese valor, amigo mío?
Angel. No me falta, pero permítanme ustedes que llore porque si no voy á reventar como una cigarra.
Ang. Pero hace poco que estabas bueno, contento.
Pascual. (No hay duda; este chico ama á Cándida: yo lo sabré.) Señora, si usted tuviera la amabilidad de enseñarme dónde han colocado mi equipaje.
Ang. Con mucho gusto. (Cuanto menos vea á Cándida, mejor.) (A Angelito.) Puedes descansar un momento, pero no te vayas sin verme.
Pascual. Adiós, amigo mío, no se aflija usted; ya hallaremos el remedio para su enfermedad. Vamos, señora. (Vanse.)

ESCENA XVII

ANGELITO, solo.

El remedio, cuando has venido á sembrar la muerte. El remedio ya lo sé yo; el día que el cura os eche la bendición, ¡pam! me zambullo entre las ruedas de una locomotora, y muero aplastado como un topo. ¿Pero es posible, ingrata, desconocida, que trates de ese modo al que te ha enseñado á hacer los primeros palotes? ¡Ah, mujeres, os tengo bien conocidas; vosotras sois como los higos chumbos, al inexperto que os acaricia, le claváis los pinchos, mientras que el que va con cuchillo en mano y os trata con dureza, le entregáis el corazón sin hacerle daño!

ESCENA XVIII

ANGELITO; CÁNDIDA, con una bandeja y un vaso con vino.

Candida. Pobre Angelito, está pálido; bebe; esto te reanimará.
Angel. Mujer inconstante, ya que me has clavado una espina

en mitad del pecho, dame hiel y vinagre y mátame de una vez.

CANDIDA. Tú no tienes corazón.

ANGEL. Sí, señora; en el costado derecho, en donde me está dando más vueltas que las aspas de un molino de viento.

CANDIDA. ¿Pues por qué lloras, si sabes que eso me pone triste?

ANGEL. Eso es, tú quieres que sea tan insensible como los pavos; mira, Cándida, yo te quiero tanto como á mi madre: por tí me dejaría arrancar una oreja sin decir Jesús; pero mirar con indiferencia á ese forastero, eso no, primero moro.

CANDIDA. Yo soy una pobre chica que no sabe tanta retórica como tú; pero á pesar de lo que me dice mi tía y de su libro verde, te quiero más á tí que á ese don Pascual.

ANGEL. Pues qué, ¿no te vieron estos ojos, que se han de comer la tierra, riéndote con él cuando te cogió la mano?

CANDIDA. Embusterillos son tus ojos; yo retiré la mía, y bien sabes tú que eso no lo hago yo contigo, pues cuando me coges la mano para hacer palotes, estoy muy quietecita.

ANGEL. Tu inconstancia ha sido la hoz que ha segado mis ilusiones. (Alzando la voz) Porque yo he tenido ilusiones. Cuando por la noche apagaba la luz, te veía á tí, á pesar de la obscuridad; entonces me decía: aplícate, serás pronto albéitar y podrás casarte con Cándida; tendremos una casita que será de los dos, ella criará gallinas y palomas, y cuando después de haber hecho una cura milagrosa vuelvas á tu casa con la conciencia tranquila, Cándida saldrá á recibirte, rodeada de polluelos. Por las tardes iremos juntos á pasear al majuelo de mi tía Petra, y allí, mientras yo estudio el *Novísimo Cabero*, ella me hará un ramo de amapolas: pero ahora adiós sueños dorados, el pobre Angelito vagará desde hoy como una sombra por el pueblo, poco á poco se irá consumiendo, el día menos pensado torcerá el cuello y se morirá.

CANDIDA. Yo no quiero que te mueras.

ANGEL. Yo quiero morirme.

CANDIDA. Yo no quiero.

ANGEL. Toma la trenza que me diste, para nada la necesito; pero dame las castañuelas que te traje de Madrid. (Saca una trenza de pelo larga, y se la presenta.)

CANDIDA. Yo no quiero reñir contigo: si no te viera, no sé por qué, pero creo que me pondría enferma. Tú te crees que porque soy una tonta no tengo memoria; pues te engañas, y aún me acuerdo cuando venías detrás de mí mirándome con aquellos ojos de carnero degollado que me daban lástima, hasta que un día me dijiste medio llorando: «Cándida, yo soy un muchacho honrado, y si bien no tan rico como tú, tengo, gracias á Dios, un pedazo de pan que llevarme á la boca. En fin, yo no cómo, yo no duermo, de día estoy caviloso y por la noche sueño: esto dice mi madre que es mal de amores; y por lo mismo que te quiero, si tú me quieres, cuando concluya la carrera yo le diré á tu tía todo esto y mucho más, y nos casaremos.» Al verte tan afligido me puse el corazón en la mano y te lo dí; luego me pediste un recuerdo y te lo dí; luego me pediste una cita y te la dí; después que te he ido dando todo lo que me has pedido, ahora, sin razón, me quieres dejar; pero yo, pobrecita de mí, no quiero que tú me dejes, porque me moriré de melancolía. En cuanto á las castañuelas, aquí están, y piensa que al quitármelas firmas mi sentencia de muerte. (Al terminar este parlamento se quedan uno enfrente del otro, presentándose la trenza de pelo y las castañuelas; de pronto rompen en un lloro estrepitoso y se abrazan fuertemente de modo que no vean á doña Angustias y á don Pascual, que son los que les separan.)

ESCENA XIX

DICHOS; DOÑA ANGUSTIAS y DON PASCUAL

PASCUAL. No hay que asustarse.

ANG. ¡Insolentes! ¡Será posible!

PASCUAL. Eso es lo más natural del mundo.

CANDIDA. (Pobrecita de mí.)

ANGEL. (Abre un libro y lee.) «*El milo hioydes* es un músculo plano situado entre las dos mandíbulas.»

ANG. Esas debían romperle á usted; suelte ese libro, y á la calle.

PASCUAL. Já, já, já, já. Amigo mío, es usted un tonto aprovechado.

ANG. ¿Aún no se ha ído usted?

ANGEL. Me voy, pero sepa usted que Cándida no ama á otro más que á mí.

ANG. ¡Habrá insolente!

ANGEL. Y si no que lo diga ella.

CANDIDA. Angelito dice la verdad, madre.

ANG. Estoy sofocada. ¡La mosquita muerta!... ¡la inocente!... Señor don Pascual, tenga usted la bondad de arrojarme por la ventana á ese imbécil.

ANGEL. No se moleste usted; me voy. Adiós, Cándida, hasta luego. (Vase. Cándida pretende seguir á Angelito; su tía y don Pascual la detienen.)

ESCENA XX

DICHOS menos ANGELITO

ANG. Venga usted acá, señora sobrina. Bien caro le va á costar á usted el haber dado oídos á las palabras de ese alcornoque.

CANDIDA. Madre, yo no tengo la culpa. Angelito me decía unas cosas tan buenas...

ANG. Cierre usted la boca. En el cuarto obscuro á pan y agua voy á tenerla á usted.

PASCUAL. Señora, ¿y el testamento de su padre?

ANG. ¡Qué testamento, ni qué ocho cuartos! ¡No faltaba más que usted defienda á este par de alcornoques!

CANDIDA. Madre, yo no sé si podré olvidar á Angelito.

ANG. Silencio; á dormir.

CANDIDA. Muy buenas noches tenga usted, madre.

ANG. Silencio.

CANDIDA. Callaré, madre.

ANG. Entre usted.

CANDIDA. Buenas noches, madre. (Vase.)

ESCENA XXI

DOÑA ANGUSTIAS y DON PASCUAL

ANG. ¡Estoy sofocada!... ¡Yo que le tenía por un santito!...

PASCUAL. Será preciso conformarse, señora.

ANG. ¿Pero es posible que usted les defienda?

PASCUAL. Encierre usted un árbol bajo una campana de cristal, y la campana se romperá cuando llegue el día de la vejetación. El amor está en la Naturaleza. Usted ha querido que esa niña desconociera esa pasión sublime que lo embellece todo, y la Naturaleza, más sabia que usted, le ha dicho tocándole al corazón: ¡Llegó tu hora, despierta!

ANG. Pues yo la diré: duerme.

PASCUAL. ¿Y la voluntad del difunto?

ANG. Los difuntos no tienen voluntad propia.

PASCUAL. Además, ellos han nacido el uno para el otro; ¡qué diablos! Hágales usted felices, que Dios no olvida las buenas acciones.

ANG. Vaya usted al diablo con sus consejos. (Vase.)

ESCENA XXII

DON PASCUAL; después ANGELITO

PASCUAL. ¡Já, já, já! La del libro verde, y el otro, que parecía un santo. Fíese usted de la inocencia de un pueblo. Se

aprovechan los angelitos. Vieja astuta, yo estoy aquí para hacer cumplir esa voluntad que tú no respetas. (Se oye una guitarra en la calle.) ¡Hola! Serenata tenemos, ¿si será el Medoro de Cándida? Sí, no hay duda, esto me huele á serenata.

ANGEL. (Canta, desde la calle.)

En el calzar y el vestir,
voy á gusto de mi padre,
pero en tocante al casar,
conmigo no manda nadie.

PASCUAL. Ciertos son los toros. La actividad del mozo no tiene precio; pero si á ella se le ocurre salir á consolar á su Gerineldo... apagaremos la luz. (Apaga la luz y se asoma á la ventana.) ¡Hola! Trae una escalera, esto es más formal. ¿Eh?... ¡Ah!... La niña sale al reclamo: observemos.

ESCENA XXIII

DON PASCUAL, CÁNDIDA y ANGELITO. Cándida sale y se va á la ventana.

CANDIDA. ¿Eres tú, Angelito?
ANGEL. Yo soy, que vengo á consolarte. (Dentro.)
CANDIDA. Vete, no te vea alguien.
ANGEL. No temas. Mira, ¿me permites que suba?
CANDIDA. No, no.
ANGEL. Aquí puede cogerme una pulmonía.
CANDIDA. ¿Tienes frío?
ANGEL. Estoy tiritando.
CANDIDA. ¡Ay, pobrecito! Pues entonces sube.
PASCUAL. La niña se conforma pronto.

ESCENA XXIV

DICHOS; ANGELITO, por la ventana.

ANGEL. Dios te lo pague.
CANDIDA. ¡Ay, tengo miedo!

PASCUAL. Estoy haciendo un papel divertido.

ANGEL. No seas tonta. Se lo he contado todo á mi madre: me ha dicho, que si tú me quieres, que nos podemos casar, pues depositándote en casa del cura, nadie puede impedirlo.

CANDIDA. ¿Ni mi tía tampoco?

ANGEL. ¡Ca! Ni aunque fuera tu madre.

PASCUAL. Este chico hará carrera, es atrevido.

CANDIDA. ¿Y qué te parece que haga?

ANGEL. Mira, lo que debes hacer es seguirme; yo te deposito en casa del cura, y mañana nos casamos.

CANDIDA. Pero ahora no podemos salir, la puerta está cerrada.

ANGEL. ¿Soy yo tonto? Mira por la ventana. ¿Qué ves?

CANDIDA. Una escalera.

ANGEL. Es la que tengo en mi casa para subir al peral, que la he traído conmigo.

CANDIDA. Pero yo tengo miedo.

ANGEL. Anda, tonta, que todos estos sustos ya te los recompensaré yo cuando seas mi mujer.

PASCUAL. Si seré yo testigo de...

CANDIDA. No quiero.

ANGEL. ¿No? Pues adiós. Me tiro de cabeza, ¡y pataplán! me estrello.

CANDIDA. No, no.

ANGEL. ¿Vienes?

CANDIDA. Pero...

ANGEL. Ni pero, ni pera. ¿Vienes? A la una, á las dos, á las...

CANDIDA. Pero si no sabré bajar.

ANGEL. No seas medrosa.

CANDIDA. Prométeme tener bien sujeta la escalera.

ANGEL. No que no. Ahora te dejaría yo.

CANDIDA. ¿Y si me ves las piernas?

ANGEL. Anda, tonta, qué más da; cerraré los ojos.

CANDIDA. Yo bajaré primero.

ANGEL. Como quieras, vamos. (Saltan los dos por la ventana.)

ESCENA XXV

DON PASCUAL, solo.

¡Ah, tunantes! Pues no habéis de escapar; casualmente tengo con qué hacer ruído. (Dispara una pistola.) A esos, detenedlos. Tadeo, que no se escapen. (Se oye en la calle gritos, ladridos de perro y alboroto.)

ESCENA XXVI

DON PASCUAL; DOÑA ANGUSTIAS, saliendo precipitadamente.

ANG. ¿Qué escándalo es este? ¿Qué pasa, qué ocurre?

PASCUAL. No es nada. Su sobrina de usted, que acaba de fugarse por esa ventana con su amante.

ANG. ¡Dios mío! Corramos, caballero, corramos. (Llegan á la puerta á tiempo que aparece en ella Tadeo trayendo á los chicos cogidos de las orejas. Doña Angustias coge á Cándida de la otra oreja, y don Pascual hace lo mismo con Angelito, de modo que llegan al proscenio cogidos los cinco.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; CÁNDIDA, ANGELITO y TADEO

TADEO. Aquí están los prófugos.

ANG. Mala sobrina.

PASCUAL. Señora, evite usted el escándalo, y cúmplase la voluntad de su padre.

ANGEL. } CAND. } ¡Tía! (Arrodillándose.)

ANG. ¡Hum!

PASCUAL. Angelito, dígale usted á su madre, que doña Angustias consiente en darle á su sobrina por esposa.

CANDIDA. ¡Ay, qué gusto!

ANGEL. ¡Viva doña Angustias! (Tirando el sombrero en alto.)

ANG. Es usted un... más vale callar.

PASCUAL. Señora: usted lo ha dicho, el amor es un sujeto que tiene muy malas partidas. Es preciso conformarse.

ANG. ¡Con que al fin se ha de cumplir
la voluntad del difunto!...

PASCUAL. No se hable más de este asunto;
que se casen, y á vivir.

ANG. (Al público.)
¡Sílbales!

ANGEL. (Adelantándose.) ¡Cándida mía;
intercede en mi favor!

CANDIDA. Público, amigo y señor,
haz quedar mal á mi tía.

FIN DE LA COMEDIA

Esta pieza, titulada LA MOSQUITA MUERTA, *está aprobada por la censura vigente en 8 de Abril de 1857.*